

El problema de la crisis en la tradición clásica y marxista.

José Félix Cataño.

Lecturas de Economía N° 34.

-Introducción, 55. -I. Crisis y reproducción, 56. -II. Crisis e intercambio monetario, 64. -Bibliografía, 72.

Introducción

Los grandes debates de la época clásica que tuvieron un impacto decisivo sobre la evolución de la teoría económica conciernen, particularmente, a la teoría del valor, a la inestabilidad y a las tendencias a largo plazo del capitalismo y a la teoría y política monetaria.

Nos limitaremos a considerar únicamente algunos de los principales aspectos del problema de la inestabilidad a mediano plazo, el cual fue planteado por la tradición clásica y marxista a partir de la crítica de la ley de Say. Desde un punto de vista analítico, podemos distinguir dos tipos de crítica: el primero se relaciona con la teoría de la reproducción, mientras que el segundo se fundamenta en el carácter monetario de los intercambios.

Medellín, enero-junio 1991

Examinaremos sucesivamente estos dos puntos y mostraremos que las insuficiencias de la tradición clásica y marxista en lo que se refiere a la crisis se debe, por un lado, a la falta de integración entre la teoría del valor y la teoría de la reproducción y por el otro, a la dificultad de relacionar de manera adecuada la teoría de la moneda con la teoría del valor. El estado actual de la teoría es mucho menos satisfactorio en este segundo campo que en el primero.

I. Crisis y reproducción

A. El marco de análisis es el de la teoría del valor, o sea, una sociedad compuesta por productores privados y bienes físicos, sin moneda ni activos financieros. La tradición clásica y marxista puede sintetizarse de la manera siguiente:

1. Todos los autores sostienen (evidentemente, sin demostrarlo de manera satisfactoria) la existencia de procesos competitivos estables a través de los cuales los mercados alcanzan los niveles "naturales" de la tasa de ganancia (uniforme) y de los precios.

2. Se oponen dos tesis relativas a la estabilidad a mediano plazo del proceso de reproducción:

La primera, sustentada por Ricardo a partir de su aceptación de la ley de Say, se limita a aplicar los resultados atribuidos a la competencia, a la reproducción del capital, la cual es, por tanto, concebida como un proceso estable. En cambio, la segunda afirma que, aun en el marco competitivo, las desproporciones entre los sectores productivos tienden a aumentar de tal forma que el proceso de reproducción del capital se vuelve inestable. Esta última tesis, apoyada en argumentos muy distintos, ha sido sostenida por Malthus, Torrens y Marx. Nótese que la famosa teoría del subconsumo se ubica en este contexto, ya que describe una desproporción entre sectores de bienes de con-

sumo (con exceso de oferta) y sectores de medios de producción (con exceso de demanda), que no se corrige espontáneamente.

B. La reconstrucción de la teoría clásica del valor en el marco de la reproducción, que presentamos hace algunos años, no permite confirmar las proposiciones de la tradición clásica y marxista. Tomando como punto de partida las sugerencias de Torrens (y no las de Ricardo ni las de Marx, por razones que explicaremos más adelante. Cf. sección D.) elaboremos un esquema de reproducción cuyas hipótesis básicas son, en nuestra opinión, las más usuales en la literatura clásica y marxista, a saber: tecnología lineal representada por una matriz irreducible; propensión al ahorro (e inversión) uniforme que, en el caso particular examinado, supusimos igual a uno (1); formación de los precios a partir de lo que podríamos llamar la "regla de Smith", según la cual -excepto en situación de crisis- el nivel de los precios se fija de tal forma que toda la cantidad producida y presente en el mercado se vende a un precio positivo¹.

En síntesis, los resultados obtenidos son los siguientes.

Existe un único vector estrictamente positivo de cantidades producidas uniformemente proporcionales a los medios de producción totales empleados. Esta estructura homotética de la producción describe un estado casi estacionario del vector de precios estrictamente positivo.

Dado que la propensión al ahorro (e inversión) es uniforme, la tasa de ganancia es uniforme y, por consiguiente, los precios presentan los precios de la producción de la tradición clásica y marxista. En otros términos, la estructura homotética de la producción define la posición natural de la economía, según la concepción clásica.

1 Véase Carlo Benetti (1984). Este esquema ha sido discutido en los *Cahiers d'Economie Politique*. No. 2 y desarrollado en dos sentidos distintos por J. Castaingts (1989) y por B. Masson (1989).

Si se considera cualquier otro vector de producción, dos situaciones son posibles, según que el vector de precios (de mercado) sea estrictamente positivo o no. En el primer caso (el único que es relevante), las tasas de ganancia y de expansión de las ramas son distintas y la evolución dinámica de la economía lleva a la anulación de al menos un precio. Esto implica la imposibilidad de reproducción de la rama correspondiente, lo que provoca un exceso de oferta a nivel macroeconómico (un exceso de oferta en algunas ramas que no es compensado por un exceso de demanda equivalente), o sea una "crisis de sobreproducción general"². La reproducción del sistema es imposible. Sólo puede reproducirse el vector particular de producción que corresponde a la estructura homotética o natural de la actividad productiva, es decir, una economía con precios de producción.

De este análisis se desprenden dos conclusiones negativas en lo que se refiere a la tradición clásica y marxista:

Por un lado, la intuición acerca de la coexistencia de un proceso competitivo estable y de un proceso de reproducción inestable no parece aceptable, al menos en el marco del modelo "real" usualmente utilizado. La primera ley no es complementaria de la segunda, la cual excluye los resultados atribuidos a la competencia. En consecuencia, la posición de Malthus, Torrens y Marx es insostenible. Por otro, la intuición ricardiana es también inaceptable, como lo muestra la inestabilidad del esquema de reproducción. La ley de Say sólo se verifica si la estructura productiva corresponde a la natural, es decir, justo cuando el proceso competitivo cesa de actuar.

C. En su notable trabajo de formalización de la teoría de Marx, Morishima propone un modelo de reproducción ampliada inestable

2 Es interesante relacionar estos resultados con la posición de Marx cuando muestra como "la sobreproducción de los principales productos de consumo se convierte en sobreproducción general". Véase K. Marx (1861-1863), capítulo XVII, sección 12.

con uniformidad de la tasa de ganancia, lo cual se contradice con las conclusiones que acabamos de presentar. Propondremos a continuación una doble crítica a Morishima. La primera se refiere a la objeción que este autor hace a Marx; la segunda concierne a su modelo de reproducción.

1. Es notorio que Marx presenta la teoría de la reproducción ampliada apoyándose en dos ejemplos numéricos. Morishima se limita al primero y reprocha, con razón, a Marx la utilización de un función de inversión muy peculiar

[...] Los capitalistas de la sección I destinan una fracción constante de su plusvalía a la acumulación [...] [en su propia sección] [...] y los capitalistas de la sección II ajustan su inversión de forma tal que se mantenga la igualdad entre oferta y demanda de bienes capitales³.

Subrayemos que, en nuestro conocimiento, R. Luxemburg ha sido la primera en proponer esta misma crítica cuando observó que en el primer esquema de Marx, debido a los

desplazamientos arbitrarios en la distribución de la plusvalía en la sección II [...] la acumulación de la sección II sólo aparece como consecuencia y condición [...] (es decir se limita) a seguir las necesidades de la acumulación en la sección I⁴.

Sin mencionar la observación de R. Luxemburg, Morishima dice exactamente lo mismo.

3 M. Morishima (1973). p. 118. Morishima agrega que, dada esta característica de la función de inversión, "en la economía de Marx prevalece una tendencia hacia el crecimiento equilibrado mucho más fuerte que la convergencia afirmada por los economistas neoclásicos tales que Solow, Meade y Uzawa, ya que en la economía de Marx todo estado de crecimiento desequilibrado desaparece en un solo año" (*ibid.* p. 120).

4 R. Luxemburg (1912), p. 87 y 91.

Hay más. Después de haber examinado el primer esquema de Marx, Morishima presenta su propio modelo, que veremos más adelante, olvidándose por completo del segundo esquema de Marx, en el cual desaparece, justamente, la función de inversión sobre la que se fundamenta toda la crítica de Morishima. En este esquema, los capitalistas de ambas secciones acumulan la misma fracción de su plusvalía. Como lo señala R. Luxemburg, "lo arbitrario del primer ejemplo parece radicar únicamente en las series de números mal elegidos⁵. Pese a que la objeción al primer esquema esté totalmente justificada, podemos considerar que la crítica que Morishima dirige a la teoría de Marx es algo injusta.

Al ser incompleta, esta crítica es también falaz. En efecto, la principal dificultad a la que se enfrenta Marx para demostrar la inestabilidad de la reproducción del capital no se limita en absoluto a la función de inversión de la sección II. En el segundo esquema, los números elegidos definen una situación inicial de la economía que es natural: la composición orgánica del capital y la tasa de plusvalía son uniformes y, por ende, la tasa de ganancia es igual en la dos secciones. Dado que la propensión al ahorro (e inversión) es también la misma, la economía se encuentra, desde el inicio, en un sendero de expansión equilibrada, lo que excluye la eventualidad de una crisis y de toda inestabilidad.

2. Consideremos ahora el modelo de Morishima. La inversión está determinada a partir de las siguientes hipótesis. Los capitalistas de las secciones I y II tienen: "1. la misma propensión al ahorro, a, y 2.

5 Esta vez Luxemburg se equivoca cuando afirma que, en el segundo esquema de Marx, "los números son hábilmente elegidos" (*Ibid.* p. 89.). Es precisamente la mala elección de estos números que explica por qué R. Luxemburg tuvo que introducir el progreso técnico para obtener una desproporción entre las dos secciones, que pudiera ser interpretada como una situación de subconsumo. No discutiremos la teoría de R. Luxemburg, lo que nos alejaría de nuestro tema principal.

ellos tienen el mismo interés en invertir en las dos secciones, puesto que en ambas prevalece la misma tasa de ganancia de equilibrio⁶. Esta segunda hipótesis es fundamental. Citando a Marx, Morishima la justifica como resultado de la competencia. Notemos, sin desarrollar este punto, que Morishima no propone ninguna demostración de la convergencia del proceso competitivo en Marx.

El resultado del modelo de Morishima es el siguiente:

“el crecimiento equilibrado es inestable y una economía cuyo punto de partida es exterior al sendero de crecimiento equilibrado diverge, con el paso del tiempo, de este último. Más precisamente tenemos oscilaciones explosivas alrededor del sendero de crecimiento equilibrado si la composición en valor del capital de la sección II, que produce bienes salarios y de lujo, es superior a la de la sección I, que produce bienes de capital. En otro caso, tenemos una divergencia monótona del sendero de crecimiento equilibrado⁷.”

La intuición clásica y marxista parece demostrada. Ahora bien, el examen de las ecuaciones del modelo muestra todo lo contrario. Recordémosla. En la fecha (t) tenemos:

$$y_1 = c_1 y_1 + c_2 y_2 + c_1 \Delta y_1 + c_1 \Delta y_2$$

$$y_2 = v_1 y_1 + v_2 y_2 + v_1 \Delta y_1 + v_2 \Delta y_2 + bs_1 y_1 + bs_2 y_2$$

donde y, c, v, s son, respectivamente, el valor producido, el capital constante, el capital variable y la plusvalía; $b = (1 - a)$ es la propensión al consumo de los capitalistas, los índices 1 y 2 se refieren a las dos secciones del esquema de Marx.

En este modelo, las tasas de ganancia se calculan como relación entre la plusvalía y el capital total en valor. Dado que $\Delta y_1 = g_1 y_1$ y Δy_2

6 M. Morishima (1973). p. 122.

7 M. Morishima (1973). p. 125.

= $g_2 y_2$ donde g_1 y g_2 son las tasas de expansión de las dos secciones, de las ecuaciones precedentes se obtiene:

$$g_1 = a r_1 \text{ y } g_2 = a r_2$$

En virtud de la hipótesis (1) (a es uniforme) y (2) ($r_1 = r_2$), se tiene $g_1 = g_2$, es decir que el sistema se encuentra en el sendero de crecimiento equilibrado, eliminándose así cualquier fluctuación. Para que $g_1 \neq g_2$, en las condiciones de propensión al ahorro uniforme de los capitalistas, es necesario admitir que $r_1 \neq r_2$ lo cual se contradice con la hipótesis (2). Para obtener el resultado del Morishima o sea, $g_1 \neq g_2$ y $r_1 = r_2$, es necesario suponer que la propensión al ahorro de los capitalistas no es uniforme, lo cual se opone tanto a la hipótesis (1) como a la condición relativa a la acumulación de la plusvalía explícitamente admitida por Marx.

Concluamos. La demostración de inestabilidad del esquema marxista de reproducción ampliada que propone Morishima es evidentemente correcta. Pero, contrariamente a la afirmación de este autor, dicha inestabilidad es incompatible, ya sea con la uniformidad de la propensión al ahorro (e inversión) de los capitalistas, ya sea con la uniformidad de la tasa de ganancia. Esta crítica es suficiente para confirmar nuestras conclusiones del apartado B.

D. Queda por aclarar un último punto, teóricamente esencial. El esquema de precios más adecuado para expresar de manera racional la tradición clásica y marxista es, en nuestra opinión, el que propusimos partiendo de las indicaciones de Torrens, lo cual excluye, a la vez, el modelo de reproducción de Marx y el modelo de precios de producción de Sraffa.

En el primero, los valores sólo dependen de las condiciones de producción y son, por tanto, independientes de las proporciones entre las dos secciones. Esta determinación de los valores contradice una exigencia fundamental, claramente demostrada por Marx, según la

cual los valores dependen tanto de la producción como de la circulación, es decir, de la técnica de producción y de la situación del mercado, la cual se expresa, en un esquema bisectorial, por la proporción entre las dos secciones. Se justifica así el rechazo del esquema de Marx como base aceptable para tratar el problema de la crisis.

Esta dificultad desaparece por completo en el modelo elaborado a partir de las indicaciones de Torrens, en el cual los precios dependen de las condiciones de producción y de circulación. De esta forma, aun en el caso de tecnología lineal y constante, los precios se modifican cuando en el marco de la hipótesis explicitadas en el apartado B. los precios de producción sólo existen, como ya vimos, si la estructura productiva es homotética.

Un problema análogo al del esquema de Marx se presenta en el modelo de Sraffa que, en nuestra opinión, representa correctamente la tradición ricardiana. Es bien sabido que en este modelo, dada la matriz técnica, los precios de producción sólo dependen de la tasa de ganancia. Esta propiedad no parece contradictoria con el concepto mismo de precio de producción. En efecto, la uniformidad de la tasa de ganancia implica que el vector de la producción no varía, lo que, en la teoría de Sraffa, se verifica únicamente en el caso particular de la producción de subsistencia. Si se considera el caso general, para obtener este resultado deben agregarse hipótesis que garanticen la uniformidad de la tasa de expansión de las ramas. Estas hipótesis se refieren al consumo improductivo. Podemos elegir entre las dos posibilidades siguientes. Si se adopta la idea sraffiana de ausencia de variaciones en la escala de producción, es necesario postular el consumo improductivo de todo el excedente, lo que equivale a su destrucción, puesto que Sraffa no propone ninguna teoría del consumo. Si se admiten variaciones de las cantidades producidas y se acepta la hipótesis de rendimientos constantes, el consumo improductivo mínimo está determinado por el nivel de tasa máxima de acumulación uniforme, igual a la menor de las tasas de excedente de las distintas mercancías. Estas hipótesis, implícitas en el modelo de

Sraffa, son *as hoc*, ya que no tienen ninguna justificación en el marco de la teoría propuesta por ese autor. En síntesis, nos parece contradictorio elaborar una teoría de los precios de producción independientemente de toda hipótesis relativa a la reproducción de las mercancías, o sea, a la utilización del excedente.

La debilidad central tanto del esquema de Marx como el de Sraffa concierne a la falta de integración entre la teoría del valor y la teoría de la reproducción. La característica principal del modelo elaborado a partir de las indicaciones de Torrens es justamente la integración de estas dos teorías, como lo demuestra la determinación de los precios de mercado en cada fase de la evolución dinámica del sistema. Por esta razón, consideramos que dicho modelo respeta la tradición clásica y marxista y constituye un marco aceptable para plantear el problema de la inestabilidad de la reproducción del capital.

II. Crisis e intercambio monetario

A. Marx es, sin duda, el primer autor que propone una crítica explícita de la ley de Say, fundamentada en la oposición entre el intercambio monetario y el trueque. Su análisis se desarrolla en el capítulo III del Libro I de *El capital* y, sobre todo, en el capítulo XVIII del tomo II de las *Teorías sobre la plusvalía*. La posición de Marx puede sintetizarse en dos argumentos. Pese a que el primero es el más conocido, lo presentaremos con ciertos detalles, ya que ha sido tradicionalmente aceptado y desarrollado recientemente en el marco de la macroeconomía postkeynesiana. Mostraremos sin embargo, que se trata de la parte más débil del análisis de Marx. En cambio, el segundo argumento, a menudo olvidado, nos parece esencial.

1. La crítica de la Ley de Say es importante para Marx, dado que ha sido aceptada por Ricardo: "La concepción (que en verdad pertenece a James Mill) adoptada por Ricardo del tedioso Say [...] se basa en la

proporción de que los productos se intercambian por productos”⁸. Se niega así,

la primera condición de la producción capitalista, a saber la de que el producto debe ser una mercancía, y por tanto expresarse como dinero y pasar por el proceso de metamorfosis [...]. Este es un regreso no sólo a la época anterior de la producción capitalista, sino inclusive al período anterior al de la existencia de la producción mercantil simple [...] [o sea] de la división social del trabajo⁹.

[Ahora bien] el dinero no es sólo “el medio por el cual se efectúan los intercambios”, sino al mismo tiempo el medio gracias al cual el intercambio del producto se divide en dos actos, independientes entre sí, y separados en el tiempo y en el espacio¹⁰. [Marx precisa] Nada es más necio que el dogma de que la circulación de mercancías supone un equilibrio necesario de las compras y de las ventas, ya que toda venta es al mismo tiempo una compra y viceversa. Si con ello quiere decirse que el número de las ventas operadas supone un número igual de compras, se formula una necia tautología. Pero no, lo que se pretende probar es que el vendedor lleva al mercado su propio comprador. Venta y compra forman un acto idéntico. Como relación de interdependencia entre dos personas que actúan como dos polos opuestos: el poseedor de mercancías y el poseedor de dinero. Trátase de dos actos por lo tanto contrapuestos de una misma persona¹¹.

El punto central es, entonces, el siguiente: hay que distinguir entre la identidad entre compra y venta de dos agentes distintos que intercambian, es decir, la identidad entre venta y compra realizadas que

8 K. Marx (1861-1863). p. 423.

9 *Ibid.* p. 430-431.

10 *Ibid.* p. 432.

11 K. Marx (1876). p. 124.

se verifica necesariamente; y la identidad entre compras y ventas de un mismo agente. La idea de Marx es que si bien en el trueque se verifican simultáneamente ambas identidades, en el intercambio monetario sólo la primera se verifica en general. En efecto, “nadie puede vender si no hay quien compre. Pero no es necesario comprar inmediatamente después de haber vendido”¹². En cambio, “en el trueque esta [última] [...] contradicción no existe: nadie puede ser vendedor sin ser comprador, o comprador sin ser vendedor”¹³.

La consecuencia es lo que Marx llama la “posibilidad de la crisis” relacionada con el intercambio monetario, “es decir la posibilidad de que elementos correlacionados, que son inseparables, se separen y luego se reúnan por fuerza [...]. La crisis no es otra cosa que la afirmación, por la fuerza, de la unidad de fases del proceso de producción que se han independizado entre sí”¹⁴.

Marx concluye:

La naturaleza general de la metamorfosis de las mercancías -que incluye la separación de la compra y la venta, tal como incluye su unidad- en lugar de excluir la posibilidad de un abarrotamiento general, contiene, por lo contrario, la posibilidad de un abarrotamiento general¹⁵.

Así mismo Marx sostiene que

no son mejores los economistas que (como John Stuart Mill) quieren explicar la crisis por las simples posibilidades de crisis que contiene la metamorfosis de las mercancías -tales como la separa-

12 *Ibid.*

13 K. Marx (1861-1863). pp. 436 y 455.

14 *Ibid.* 436-437. Véase también K. Marx (1876). p. 124-125.

15 *Ibid.* p. 33.

ción entre compra venta. Esos factores que explican la posibilidad de la crisis, en modo alguno explican su surgimiento real¹⁶.

La razón aducida por Marx es contundente. La posibilidad de la crisis

no denota otra cosa que la forma más abstracta de la crisis, sin contenido, sin un factor motor e impulsor [...]. Se trata de [...] la posibilidad formal de crisis [...] ésta sólo implica que existe un marco para la crisis¹⁷. La separación, en el tiempo y el espacio, de la compra y venta [...] nunca es la causa de la crisis [...]. Si se pregunta cuál es su causa, se quiere saber por qué su forma abstracta, la forma de su posibilidad, se convierte de posibilidad en realidad [...]. Las condiciones generales de las crisis [...] deben ser explicadas a partir de las condiciones generales de la producción capitalista¹⁸ [es decir] del movimiento real de la producción capitalista, de la competencia y el crédito, en la medida en que las crisis surgen de los aspectos especiales del capital, peculiares a él como capital, y no sólo contenidos en su existencia como mercancía y dinero¹⁹.

Propondremos a continuación una reflexión sobre la posición de Marx, tomando como referencia principal algunos desarrollos recientes de la teoría que relaciona la crisis y el intercambio monetario. Puesto que estos últimos se ubican, en gran parte, en el campo de la macroeconomía postkeynesiana, es conveniente formular la ley de Say introduciendo explícitamente el mercado del trabajo. La proposi-

16 *Ibid.* p. 30. Véase también K. Marx (1876). p. 125.

17 *Ibid.* p. 437.

18 *Ibid.* p. 441.

19 *Ibid.* p. 439.

ción según la cual “los productos se intercambian con productos” se expresa pues en la siguiente forma: toda oferta de trabajo es una demanda de mercancías producidas por el trabajo.

B. ¿Por qué en el marco del análisis de Marx, la separación entre venta y compra en el intercambio monetario origina la posibilidad de crisis? La respuesta es inmediata: únicamente en razón de la propiedad de reserva de valor de un medio de cambio no reproducible.

La causa de la posibilidad de crisis es, entonces, la existencia, en la economía, de activos no reproducibles (incluyendo la moneda) que pueden funcionar como reserva de valor.

Contrariamente a gran parte de la teoría postkeynesiana contemporánea, Keynes subrayó con toda claridad este punto cuando mencionó la posesión de la tierra como una causa, comparable a la demanda de saldos monetarios, de la debilidad de la acumulación “después de varios milenios de ahorro individual sostenido”²⁰.

En una economía con bienes no reproducibles susceptibles de ser considerados como reserva de valor, la ley de Say puede fallar, independientemente de la separación entre la venta y la compra inherente al intercambio monetario. Dicho de otra manera, esta separación sólo puede ser considerada como el origen de la posibilidad de crisis en una economía donde el dinero es la única reserva de valor no reproducible. Esta hipótesis, muy restrictiva, es necesaria para la validez de la crítica de Marx.

C. A partir de la teoría de Clower, retomada por Leijonhfvud y formalizada por Benassy, se desarrolló en el decenio de 1970 la tesis

20 J. M. Keynes (1936). p. 232. Como la moneda, “en ciertos ambientes históricos”, la tierra puede tener una “gran prima de liquidez” y “elasticidades de producción y sustitución muy bajas” (p. 231). Véase también F. Hahn (1977). p. 183.

según la cual la presencia de la moneda en todos los intercambios (es decir, la restricción de Clower) origina fallas en la coordinación por el mercado, o sea, la crisis en el sentido keynesiano, que se expresa como ineficiencia del equilibrio²¹.

Esta tesis puede ser presentada sintéticamente de la manera siguiente. Consideremos una situación de exceso de oferta tanto en el mercado de trabajo como en el de mercancías. El mercado de trabajo transmite a la empresa la voluntad del trabajador de vender más. Pero la contrapartida de la oferta de trabajo no es una demanda de mercancías sino de moneda. La primera puede existir como intención o como deseo del trabajador, pero el carácter monetario del intercambio impide su transmisión a la empresa. Así se explicaría una situación -tal como el desempleo keynesiano- en la cual ambos agentes tienen interés en aumentar las cantidades intercambiadas y no lo hacen por falta de transmisión de señales adecuadas a través del mercado. Dichas fallas de coordinación no existirían en una economía de trueque. Paradójicamente, esta última sería entonces más eficiente que una economía monetaria²².

Este análisis nos parece incorrecto. Excepto un caso particular, que veremos más adelante, la dificultad de coordinación por el mercado es independiente de la presencia de la moneda, ya que se plantea en todo tipo de intercambio monetario o no. Consideremos este último. La contrapartida que expresa la oferta de trabajo a una empresa de petróleo es una demanda de maíz, por ejemplo. La empresa sólo acepta el intercambio con el trabajador si considera que existe una demanda de petróleo suficiente para comprar maíz. Ahora bien, la oferta neta de trabajo no le transmite ninguna información acerca de

21 Véase R. W. Clower (1965), J. P. Benassy (1975) así como las críticas muy justas de F. Hahn (1977) y A. d'Autume (1985).

22 Esta idea ha sido afirmada en particular, por J. P. Benassy.

la demanda neta de petróleo. El problema puede resolverse para la empresa si el trabajador acepta ser pagado con petróleo. Pero la misma dificultad que vimos para la empresa se presenta ahora para el trabajador: este sólo acepta un salario que consiste en petróleo si considera que existe una demanda suficiente de petróleo para comprar maíz.

Lo anterior es suficiente para criticar el paralogismo de Clower cuando ilustra, con un ejemplo divertido, una situación de "desempleo involuntario keynesiano". Imagina un economista que tiene un gran deseo de consumir más Champagne y que ofrece sus servicios de asesoría a una empresa que produce justamente Champagne. Dado que el intercambio en el mercado de trabajo es monetario, nuestro economista puede no ser contratado²³.

La ambigüedad de este razonamiento es evidente. Se apoya enteramente sobre la hipótesis según la cual, en la economía considerada, el salario y el consumo del trabajador consisten en la misma mercancía que produce la empresa. Este es el único caso de una economía de trueque donde la oferta de trabajo es una demanda del producto del trabajo. Pero se trata del caso más restrictivo que podamos imaginar -una economía con dos bienes, el trabajo y el bien de consumo- y que, como vimos, no puede generalizarse.

Subrayemos que este caso especial desempeña un papel tan importante como abusivo en la teoría económica, ya que constituye el marco analítico explícita o implícitamente adoptado por la macroeconomía. La discusión anterior muestra cuán estrechos pueden ser los límites de ciertas proposiciones macroeconómicas.

Fuera de la fábula de un mundo compuesto por dos bienes, es incorrecto considerar que la presencia del dinero en los intercambios

23 R. W. Clower (1965). p. 287.

es la causa de las fallas de transmisión de señales adecuadas a través del mercado. Desde este punto de vista, una economía de trueque no es más eficiente que una economía monetaria, como lo mostramos. Aún más, tiene necesariamente que ser menos eficiente si se toman en cuenta las dificultades bien conocidas de llevar a cabo las transacciones en ausencia de un medio de cambio general, dificultades que tradicionalmente justifican, en la teoría económica básica, la presencia de la moneda. Aquí se ubica la ambigüedad, probablemente más grave, del análisis monetario en la macroeconomía postkeynesiana derivada de Clower.

D. Volvamos a Marx. La discusión anterior confirma la importancia de la distinción entre la posibilidad formal y la explicación de la crisis. Desde este punto de vista, Marx presenta un análisis más penetrante y correcto que los postkeynesianos que hemos examinado.

En cambio, existen graves ambigüedades en la teoría de la posibilidad formal de la crisis. Si se excluye el mundo imaginario de dos mercancías, en las transacciones de trueque está presente, en general, un medio de cambio (es decir, mercancías distintas según los individuos y los intercambios, que son demandadas y ofrecidas por un mismo individuo). La separación entre compra y venta no es en absoluto una propiedad específica del intercambio monetario. Así pues, contrariamente a la afirmación explícita de Marx, la posibilidad formal de la crisis existe en toda economía, por el hecho mismo de la división social del trabajo, independientemente de la presencia o ausencia del dinero. Por lo demás, recordemos que si nos limitamos a las economías con intercambios únicamente monetarios, la posibilidad formal de la crisis está relacionada con la presencia de reservas de valor no reproducible (incluyendo a la moneda) y no específicamente con el uso de la moneda como medio de cambio.

Se trata ahora de ubicar el origen de los resultados incorrectos obtenidos por Marx. En nuestra opinión, la interpretación más convincente es que la falla consiste en analizar la circulación mone-

taria, tomando como referencia la economía de trueque (implícitamente limitada al intercambio de dos mercancías), es decir, en plantear el problema en los mismos términos que los economistas que critica. Ahora bien, este planteamiento contradice de la manera más absoluta una de las intuiciones más profundas de Marx, según la cual el equivalente general es la condición de la existencia misma del valor de cambio²⁴.

Bibliografía

A. d'Autume (1985): *Monnaie, croissance et déséquilibre*. Economica, París.

J. P. Benassy (1975): "Neo-Keynesiana Theory in a Monetary Economy". *Review of Economic Studies*, (42).

C. Benetti (1984): "La teoría de la demanda efectiva de R. Torrens", *Cahiers d'Economie Politique*, (12); traducción al español. *Análisis Económico*. Enero-junio 1985.

C. Benetti (1990): *Moneda y teoría del valor*. Fondo de Cultura Económica, México.

J. Castings (1989): "Estabilidad e inestabilidad en las relaciones precios-cantidades de los sistemas de reproducción. El caso del modelo Benetti-Torrens", a publicarse.

R. W. Clower (1965): "The Keynesian Counter-Revolution: A Theoretical Appraisal" en R. W. Clower (ed.): *Monetary Theory*. Penguin Books, 1969.

24 Para una discusión de esta afirmación esencial de Marx, nos permitimos señalar a Carlo Benetti (1990). Capítulo V, Sección II y anexo.

F. Hahn (1977): "Keynesian Economics and General Equilibrium Theory: Reflections on Some Currents Debates", en F. Hahn: *Equilibrium and Macroeconomics*, Basil Blackwell, Oxford, 1984.

J. M. Keynes (1936): *Teoría general del empleo, del interés y del dinero*. Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

A. Leijonhufvud (1968): *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes*, Oxford University Press.

R. Luxemburg (1912): *La acumulación del capital*. Editorial Grijalbo, México, 1967.

K. Marx (1861-1863): *Teorías sobre la plusvalía*. Buenos Aires. Editorial Cartago, 1975. Tomo II.

K. Marx (1867): *El capital*. México. Fondo de Cultura Económica, 1946. Tomo I, vol. I.

B. Masson (1989): *Marchés, monnaie et titres*, Tesis de Doctorado, París.

M. Morishima (1973): *Marx's Economics*, Cambridge University Press.